

LIBROS

80

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2011

Enrique Krauze
REDENTORES. IDEAS Y PODER EN
AMÉRICA LATINA

Carlos Monsiváis
LOS ÍDOLOS A NADO.
UNA ANTOLOGÍA GLOBAL
AUTOAYÚDATE QUE DIOS
TE AUTOAYUDARÁ.
AFORISMOS DE
CARLOS MONSIVÁIS

Rodrigo Rey Rosa
SÉVERINA

¿?
POESÍA ANTE LA INCERTIDUMBRE.
ANTOLOGÍA (NUEVOS POETAS
EN ESPAÑOL)

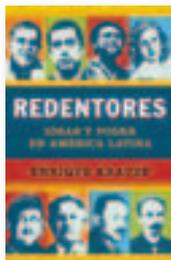
Brian Connaughton
ENTRE LA VOZ DE DIOS
Y EL LLAMADO DE LA PATRIA.
RELIGIÓN, IDENTIDAD
Y CIUDADANÍA EN MÉXICO,
SIGLO XIX

Carlos Mapes
SOMBRA DEL ROCK. 1962-1969



HISTORIA

Enrique Krauze, la historia con sujeto



Enrique Krauze
REDENTORES. IDEAS
Y PODER EN AMÉRICA
LATINA
México, Random House
Mondadori, 2011,
584 pp.

—JON JUARISTI

“*Redentores* es una historia de las ideas políticas en América Latina desde el fin del siglo XIX hasta nuestros días. Me inspiré en los libros de Isaiah Berlin sobre los pensadores rusos, y en *Hacia la estación de Finlandia*, obra en la que Edmund Wilson mezcló el análisis ideológico y la biografía. Mis protagonistas son las ideas, pero mi aproximación a ellas no es abstracta: las veo encarnadas en la vida de seres humanos concretos que —como los apasionados rusos de Berlin— las vivieron con intensidad religiosa y seriedad teológica.”

Así, con el esbozo de un método y el reconocimiento de unas deudas, comienza el último libro de Enrique Krauze sobre las vidas e ideas de doce pensadores y/o políticos latinoamericanos: José Martí, José Enrique Rodó, José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, Octavio Paz, Eva Perón, el Che Guevara, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, el obispo Samuel Ruiz, el Subcomandante Marcos y Hugo Chávez. Los dos libros en los que confiesa haberse inspirado no figuran entre los clásicos de la historia de las ideas; no, al menos, en la vertiente académica de dicha disciplina. El método que invoca, la mezcla de la historia de las ideas con la biografía, suscitara desconfianza entre los cultivadores universitarios de aquella, para los que las biografías de los pensadores deberían limitarse a proporcionar un adecuado marco cronológico al devenir del pensamiento, sin pretender convertirse en el factor que lo explica. En efecto, el propio Marx definió su sistema, el marxismo, como el resultado de la concurrencia de la filosofía idealista alemana, la historia social francesa y la economía política inglesa, poniendo implícitamente sus avatares biográficos al margen de su obra. Krauze rechaza esta perspectiva reduccionista y adopta un punto de vista similar a los de Berlin y Wilson, para quienes las ideas son expresión de vidas apasionadas. Como afirma poco después del párrafo que comentamos, lo que le interesa son “vidas reales, no ideas andantes”.

La influencia de las obras de Wilson, y en particular de *Hacia la estación de Finlandia*, fue determinante en mis libros sobre el nacionalismo vasco, y así lo reconocí explícitamente en el prólogo a la edición de *El bucle melancólico* en la Colección Austral de Espasa Calpe (2000). Junto a la de Wilson, debo mencionar asimismo la de otros dos libros: *Ancestral voices. Religion and nationalism in Ireland* (University of Chicago Press, 1994), de Conor Cruise O'Brien, y *To*

the Promised Land. A history of zionist thought from its origins to the modern State of Israel (Penguin Books, 1996), del historiador y rabino liberal David J. Goldberg. Ambos se inspiraban a su vez en Wilson, como lo declaraba, al menos, el propio Goldberg en el prólogo a la última obra mencionada:

Para componer este libro, he hecho uso de obras de muchos autores, con los que reconozco mi deuda en la bibliografía. Pero, si una obra estuvo presente en mi mente mientras lo escribía, esa fue *Hacia la estación de Finlandia*, el soberbio estudio de Edmund Wilson acerca de la tradición socialista en el pensamiento europeo. Aún recuerdo mi exaltación cuando la leí en la universidad, hace treinta años. En consciente tributo a esta obra y con la modesta esperanza de poder investir a la ideología sionista y a sus progenitores de algo de la briosa y vivaz visión que Wilson aplicó a Marx y al socialismo, escogí como título de este libro *To the Promised Land*.

Cuando, poco después de publicar *El bucle melancólico* en 1997, leí *La presidencia imperial*, tercera parte de la trilogía de Krauze sobre la historia del México contemporáneo, aparecida en diciembre de ese mismo año, tuve la impresión de encontrarme ante otra obra de estirpe wilsoniana, aunque el autor nada decía en ella de Wilson, y agradecía en cambio la inspiración que le habían proporcionado ciertos ensayos de Gabriel Zaid a la hora de plantear la historia de las presidencias mexicanas desde Obregón a Salinas de Gortari como la de una gigantesca y, a la postre, insostenible empresa pública, cuyos cambios de estrategia dependieron de las diferentes personalidades y biografías de cada uno de los presidentes. Es posible que —si atendemos al título del libro— Krauze hubiera tomado a Suetonio como modelo, pero la narración recordaba a Wilson. Lo cierto es que la obra de este, y muy especialmente *Hacia*

la estación de Finlandia, gravitaba sobre lo que, en la década final del siglo pasado, supondría un cambio de paradigma en los estudios históricos.

Sucintamente, se podría definir tal cambio como la irrupción de lo biográfico en la historia. Recordemos que, durante la segunda mitad del siglo xx, el paradigma dominante en la historia académica había sido el contrario. El estructuralismo, en sus distintas variantes, había excluido de la historia lo individual, el sujeto. Ya fuera historia de las civilizaciones, de las mentalidades o de las ideas, el protagonismo correspondía a las estructuras. Algún ilustre filósofo francés se había apresurado a proclamar la muerte del hombre, diferido corolario de la muerte de Dios: con la desaparición del sujeto se esfumaba la última máscara de la divinidad y los individuos quedaban reducidos a lugares donde se desarrollaba el juego de las estructuras y se cruzaban los signos en rotación. La atracción que ejerció *Hacia la estación de Finlandia*, ensayo publicado por vez primera en 1940, en ciertos historiadores finiseculares ajenos a la academia fue el síntoma de un descontento frente a la historia estructuralista y a los departamentos universitarios que la habían erigido en sustituto oficial de la escolástica marxista.

Edmund Wilson simpatizó con el socialismo, pero fue lo más distinto que pueda pensarse de un gurú intelectual. Era, como lo definió Harry Levin, un *freelancer*: un escritor independiente, crítico literario y, ocasionalmente, novelista. Siempre estuvo al margen de la universidad. Los historiadores académicos jamás lo reconocieron como uno de los suyos, y tampoco gozaba del aprecio de los filólogos. Lo seguían leyendo casi exclusivamente los escritores. Cuando publiqué *El bucle melancólico*, en 1997, Mario Vargas Llosa encontró semejanzas entre dicho libro y *Patriotic gore*, el ensayo de Wilson sobre la literatura de la Guerra Civil norteamericana. Ningún historiador

académico observó nada semejante, y es que Wilson solo interesaba a los literatos y a algunos raros historiadores que permanecían fuera de las camarillas universitarias.

Lo curioso es que los devotos de Wilson compartíamos, además, la admiración por la obra de Isaiah Berlin. No había, en principio, una relación evidente entre ambos (salvo el hecho de que el Fondo de Cultura Económica los hubiera descubierto al público de lengua española). Wilson fue un escritor neoyorquino de inclinaciones izquierdistas, un liberal en el sentido norteamericano, lo que no le impidió mantener una estrecha amistad con anticomunistas recalcitrantes como Nabokov y Dos Passos. Berlin, al que Perry Anderson incluyó malévolamente en la “emigración blanca” al Reino Unido (es decir, el conjunto de intelectuales rusos y centroeuropeos que destacarían en las universidades británicas de mediados del siglo xx por la defensa de posiciones conservadoras y liberales), fue siempre un liberal a la europea, probablemente el más grande pensador liberal de la centuria. Pero algo tenían en común, a pesar de sus diferencias: la relevancia que daban al individuo, la convicción de que —aun en las más extremas situaciones de despotismo— el individuo puede preservar la libertad de conciencia y ser responsable de sus decisiones. La convicción, como diría Krauze, de que las ideas no andan por ahí sueltas, separadas de las vidas reales de quienes las producen.

Krauze, que había tratado (y entrevistado) a Berlin durante su estancia en Oxford, lo incluyó desde entonces en la nómina de sus maestros fundamentales, junto a Daniel Cosío Villegas, Octavio Paz, Luis González y Gabriel Zaid. Por mi parte, había leído ya dos de sus principales ensayos (*Karl Marx* y *Contra la corriente*), antes de 1985, cuando descubrí otras obras suyas gracias, precisamente, a la lectura frecuente de *Vuelta* durante el curso en el que permanecí en México (y en el que leí también mi primer

libro de Krauze, *Por una democracia sin adjetivos*, con una exaltación semejante a la que suscitó en Goldberg *Hacia la estación de Finlandia*). Por entonces, en España, Berlin era prácticamente desconocido. *El linaje de Aitor*, libro que publiqué en 1987, fue uno de los primeros en que se le citaba, aunque en esto, como en tantas otras cosas, se me había adelantado Fernando Savater. Mi maestro irlandés, Conor Cruise O'Brien, seguía asimismo muy atento todo lo que publicaba Berlin. La breve polémica que sostuvo con este tras la publicación de *The crooked timber of humanity* a propósito de Burke, al que Berlin incluía entre los enemigos de la Ilustración, no hizo disminuir la admiración de Conor —que defendió en dos amplias biografías de Burke y en el ensayo preliminar a su edición de *Reflections on the revolution in France* la condición de ilustrado de su autor— por la obra de sir Isaiah. Por su parte, Goldberg recogía en el prólogo a *To the Promised Land* una idea de Berlin que era, en sí misma, un perfecto resumen del paradigma biográfico:

El filósofo Isaiah Berlin plantea qué diferente habría sido Karl Marx, el contemporáneo, menor en edad pero ocasional colega, de [Moses] Hess, si hubiera sido educado por su abuelo rabino en vez de por su padre, que era un discípulo de Voltaire y que había bautizado a Karl a la edad de siete años.

En fin, uno de los primeros ensayos de Berlin que se publicaron en España, *El erizo y la zorra* (un capítulo desgajado de *Pensadores rusos*), apareció precedido por una introducción de Vargas Llosa. Creo, por tanto, que puede hablarse de una rebelión finisecular contra el paradigma estructuralista, que, en su vuelta al sujeto, se inspiró en las obras de Berlin y rescató del olvido las de Wilson. Con el tiempo, esta rebelión ha ido convirtiéndose en canon, incluso entre los historiadores académicos,

aunque estos han preferido olvidarse de Wilson y admitir muy discretamente el legado de Berlin, situándose, en cambio, bajo la advocación socialdemócrata del recientemente desaparecido Tony Judt, un historiador universitario, por otra parte, excelente en su oficio y bastante crítico con la izquierda de su tiempo.

En el mundo de lengua española, Enrique Krauze es el historiador más representativo del nuevo paradigma biográfico y quien lo ha sostenido con mayor tesón e inteligencia. Profunda y acrisoladamente mexicano, ha accedido al estatuto de máximo exponente de la cultura crítica de su país desde una paradójica posición de marginalidad, en parte inevitable y en parte deliberada, a contracorriente de las tendencias mayoritariamente castizas y conformistas de las tradiciones de la izquierda y de la derecha mexicanas. Liberal en un ámbito hostil al liberalismo, ocupa hoy un lugar afín al de algunos de sus maestros, los grandes disidentes de la época de la presidencia imperial, como Daniel Cosío Villegas u Octavio Paz. Pero estos tenían mejor cubiertas que Krauze las espaldas contra las impugnaciones castizas. Ambos venían de familias arraigadas de antiguo en el país; Paz, además, de ancestros destacados durante el Porfiriato y la Revolución. Krauze es nieto de emigrantes centroeuropeos y judíos, ajenos a la tradición católica y nacionalista. Además, tras su paso juvenil por el izquierdismo sesentayochista, eligió situarse en posiciones inasimilables por las culturas políticas mayoritarias, tanto de la izquierda (las del PRI y el PRD), como de la derecha (representada por el PAN). Sin embargo, la posición independiente de Krauze ante las mismas no se traduce en una hostilidad sistemática que le impida reconocer los aciertos de los políticos de uno y otro signo sin dejar, por ello, de señalar implacablemente sus errores. Como él mismo afirma, su pasión crítica no es destructiva. No

pretende atizar revoluciones, sino criticar al poder para encauzarlo en un rumbo democrático y reformista.

Esa fue también la pasión de sus maestros, los solitarios liberales del México priista como Cosío Villegas, Paz o Luis González, el historiador que reveló a la generación de Krauze la otra cara de la Revolución mexicana, no ya la de los revolucionarios, sino la de los “revolucionados”, aquella parte de la población (la mayoría), cuyas vidas fueron violentamente alteradas por el caos bélico creado por los improvisados caudillos. De entre estos maestros, Krauze mantiene una relación muy especial, de continuidad y negación a un tiempo, con la figura y la obra de Octavio Paz.

En México, Paz ocupó un lugar análogo al de los disidentes en los regímenes comunistas. Venía de la tradición revolucionaria, de un padre abogado y urbanita que se embarcó con los hermanos Zapata en una revuelta neolítica, dejando su familia a cargo del abuelo, el coronel y periodista Ireneo Paz, personaje de vida asimismo agitada. Es cierto que, al enfrentarse abiertamente con el sistema priista después de las matanzas de estudiantes de 1968, Paz dio continuidad al liberalismo mexicano durante el eclipse biológico de Cosío Villegas, al que tomó el relevo. Pero no rebasó el paradigma de la historia sin sujeto. Nacido en 1914, la juventud de Paz transcurrió bajo el doble signo del marxismo y del surrealismo, mezcla que lo predispuso fatalmente al estructuralismo. Paz fue el gran pensador estructuralista de América Latina y, más en general, del mundo hispánico. Supo ver en la historia de las mentalidades un nexo con la tradición modernista de la historiografía española y latinoamericana, que abrevaba en la teoría unamuniana de la intrahistoria. Con tales mimbres construyó brillantísimas interpretaciones de la historia de México, pero, en lo que hace al liberalismo, se quedó en el momento negativo de la crítica al pensamiento totalitario, paso indis-

pensable que supo dar con valentía y generosidad, en provecho de las generaciones posteriores. Acaso su vocación poética implicó limitaciones a su imaginación que, por vigorosa que fuera, no supo captar la importancia de lo biográfico. Cuando más cerca estuvo de hacerlo no fue en su estudio sobre Sor Juana, sino en el “Nocturno de San Ildefonso”, aquel poema de *Vuelta* en el que tantos nos hemos visto retratados. Pero la imagen del joven Paz paseando entre el Zócalo y el Colegio de San Ildefonso da paso demasiado pronto a una desolada reflexión sobre la historia del siglo xx en la que se disuelve el prometedor atisbo de individualidad que surge en los primeros versos. Tal vez la novela, género que Paz nunca cultivó y por el que no mostró gran interés, habría favorecido ese aspecto atrofiado de su imaginación, como lo hizo ejemplarmente en el caso de Vargas Llosa.

La preocupación por lo individual, por lo biográfico, es el rasgo que más resalta en la obra de Krauze. La biografía se propaga por todos los niveles de la misma, desde los más divulgativos hasta sus grandes frescos históricos, y constituye el cauce canónico de todas las modalidades de su labor de historiador, ya sean estas la historiografía (como en *La presencia del pasado*), la historia política o la historia de las ideas. En algún título (*Mexicanos eminentes*) rinde un transparente homenaje a tradiciones prosopográficas ajenas al universo hispánico (a Lytton Strachey, en este caso). Ahora bien, cabe preguntarse de dónde nace este fuerte impulso hacia lo individual.

Krauze ha afirmado en alguna ocasión que lo esencial en tal inclinación es una pasión por el pasado, añadiendo que se ve reforzada por su condición de descendiente de judíos centroeuropeos cuya civilización propia, la gran civilización del yiddish que floreció en Rusia, Polonia, Ucrania, los países bálticos, Rumania y la Galizia austríaca, fue aniquilada por el nazismo. Esa pasión

por el pasado incluye en Krauze un notable ingrediente de piedad, no solo hacia las gentes de su estirpe que murieron asesinadas en el Holocausto, sino hacia todas las vidas a las que se ha acercado tratando de comprender sus ideas apasionadas. La herida insuturable que implica la condición judía ha permitido a Krauze percibir, con precisión de buen psicoanalista, las heridas simbólicas de sus biografiados: el complejo de inferioridad derivado de la humillación social o de la estratificación castiza, en Eva Duarte de Perón o en José Carlos Mariátegui; las taras físicas en este último o en el Che Guevara; la ausencia temprana del padre o el regreso como despota del padre supuestamente muerto, en Octavio Paz o Vargas Llosa. A partir de estas heridas, busca Krauze entender por qué actuaron y pensaron como lo hicieron, subrayando implacable aciertos y errores, grandeza de ánimo e iniquidades, pero siempre desde una indisimulada empatía. Y así se da la paradoja de que un liberal como Enrique Krauze haya trazado la semblanza más conmovedora que se haya escrito del marxista e indigenista Mariátegui. No una pieza hagiográfica convencional, compuesta desde la ideología, sino un retrato enaltecedor desde una profunda simpatía hacia lo mejor que había en la humanidad del escritor y político peruano: su amor por los humildes y su esperanza —tan cristiana en su raíz— en las tradiciones mutualistas de las castas avasalladas. Sin olvidarse por ello de señalar lo que de mítico e ilusorio había en la visión idealizada de las sociedades indígenas o del Tahuantinsuyo incaico. Lo que Krauze no perdona, en cambio, es la manipulación de estos afectos legítimos, el pauperismo como coartada de los poderes liberticidas (así, y en grados distintos, en los casos de Eva Perón, Gabriel García Márquez o Hugo Chávez). El del venezolano ilustra, según Krauze, lo peor de la fantasía

heroica que ha sustentado desde la Independencia las pedagogías autoritarias de Latinoamérica. Porque la oposición al culto de los héroes es el otro motor de la tarea histórica que Krauze se ha propuesto. Se trata de devolver a los héroes a su dimensión biográfica, propiamente humana, marcada en casos como el de Chávez por una megalomanía delirante. Como observa Krauze con precisión corrosiva, Chávez se ve a sí mismo como un discípulo de Plejánov, el teórico marxista del papel del individuo en la historia, cuando en realidad se mueve en la estela de Carlyle, inspirador de Hitler y primer apologista literario de las dictaduras latinoamericanas.

Afirma Krauze que el elenco de *Redentores* no pretende ser exhaustivo, sino suficientemente representativo de la historia de las ideas y del poder en Latinoamérica. Es cierto, y también lo es que el relato, a pesar de la diversidad de las biografías, resulta coherente y unitario, al entrelazarse unas con otras o reflejarse recíprocamente en un juego de espejos que se presta al equívoco, y así, por ejemplo, descubrimos que el Subcomandante Marcos (Rafael Sebastián Guillén Vicente), creyéndose un émulo de Emiliano Zapata, no lo era más que Chávez de Plejánov, y se atuvo en realidad, sin ser consciente de ello, a la utopía indigenista de Mariátegui. En el abigarrado universo histórico de América Latina, muchas otras vidas podrían ser objeto de esclarecedores ensayos históricos. Pienso en Lugones, Neruda, Allende, Borges y, por qué no, en el propio Krauze. Pero esto quizá haya que encomendarlo a sus discípulos más jóvenes. De momento, *Redentores. Ideas y poder en América Latina* demuestra que la historia con sujeto está inseparablemente unida a la defensa de la libertad y, en el caso de Krauze, no más reñida con el gran estilo y la eficacia literaria que lo que lo estuvo la historia estructuralista en la obra de Octavio Paz. —

ANTOLOGÍA

Monsiváis, fantasma



Carlos Monsiváis
LOS ÍDOLOS A NADO.
UNA ANTOLOGÍA GLOBAL
Selección y prólogo de
Jordi Soler, México,
Debate, 2011,
365 pp.



AUTOAYÚDATE
QUE DIOS TE
AUTOAYUDARÁ.
AFORISMOS DE
CARLOS MONSIVÁIS
Prólogo, investigación
y selección de
Francisco León,
México, Seix Barral,
2011, 153 pp.

✎ RAFAEL LEMUS

Siempre que un escritor muere no falta el valiente que dice: es tiempo de volver a su obra. Tampoco falta el cursi que añade: allí, entre los libros, descansa el espíritu de nuestro autor. En el caso de Carlos Monsiváis, ¿a qué obras habría que volver? ¿En cuáles de sus miles de páginas reposa —digamos— su espíritu y en cuáles otras no queda otra cosa que ruido y estática? A todo esto, ¿puede el espíritu reposar en la crónica de un evento cualquiera, o en un perfil de, por ejemplo, Gloria Trevi, o en esa columna semanal entregada, sin mucha convicción, casi por inercia, a este o aquel periódico? Por otra parte, ¿para qué volver a los textos cuando el hombre se obstinó en desbordar la escritura y dejar su huella en otros ámbitos? En última instancia, ¿para qué volver al autor cuando, ahora que ha muerto, la tarea parece ser más bien apropiarnos de sus textos y significarlos en nuestro presente?

En fin: acaban de aparecer dos obras que lidian, cada una a su manera, con el problemático fantasma de

Monsiváis. La primera, *Los ídolos a nado*, es una antología de dieciséis textos preparada por Jordi Soler y publicada originalmente en Barcelona. La segunda, *Autoayúdame que Dios te autoayudará*, es una prolija selección de aforismos (o al menos así se les llama aquí) que Francisco León pepenó en algunos libros de Monsiváis. El objetivo de la primera se anuncia ya en el subtítulo —*Una antología global*— y se reitera en el prólogo: “cruzar el mar, traer a España la obra de uno de los autores imprescindibles del idioma”. El propósito de la segunda se expone con no menos orgullo en las primeras páginas: “seleccionar cada aforismo [de Monsiváis] y dejar fuera, esto es, sacrificar fragmentos y periodos de una importancia y brillantez notables”. Uno, para presentar el caso de un Monsi globalizado, esquivando los cientos de escritos de Monsiváis incrustados en la circunstancia mexicana y reproduce otros incrustados, ay, en la circunstancia mexicana: ensayos sobre el levantamiento zapatista y el metro de la ciudad de México, apuntes sobre Cantinflas y Salvador Novo, retratos de María Félix y José Alfredo Jiménez, meditaciones sobre la cursilería y la vida nocturna que pronto se sitúan y se tornan reflexiones sobre la cursilería mexicana o la vida nocturna en la capital. El otro, para defender el caso de un Monsi aforista, elude las típicas, de pronto geniales, parrafadas de Monsiváis y acopia algunos fragmentos que a veces brillan* y a veces se desploman sin el amparo de aquellas parrafadas: “El siglo xx, un tiempo del sentimiento de culpa”, “La Revolución mexicana de 1910 destruye formaciones feudales e instaura la movilidad social”, “¿Cómo demostrar en México las

* “Cuán fácil es mantener la virtud si nadie nos asedia como es debido”, “El político del sexenio es la iniciativa privada del siguiente”, “La plusvalía dispone de apellidos”, “Claro que no es cierto, pero es noticia”, “Peinarse es sentir que alguien te necesita y piensa en tí”, “Quien no le cuenta a un desconocido las dificultades sexuales con la pareja carece de intimidad”, “Prevenir sobre la masturbación es recordarle al adolescente la existencia de su pene”, “Con tanta gente no hay sitio para Los Demás”.

ventajas de la razón (proyecto) sobre el fanatismo (comunicación)?”, “Pagar más obliga a más”, “No es casa es una autobiografía de los cuarenta”.

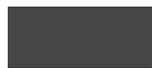
En uno y otro libro, en apariencia tan distintos, está en marcha una misma operación: descontextualizar —y de paso: despolitizar— a Monsiváis. Lo mismo aquí que allá se intenta desprender a este de su territorio específico, el campo de producción cultural mexicano de la segunda mitad del siglo xx, y se le hace viajar, en teoría ya libre de su fardo nacional, por otros lugares. Lo mismo aquí que allá el fantasma de Monsiváis se resiste a ser despojado de esa manera y arrastra consigo su circunstancia, ahora hasta el circuito editorial español, ahora hasta esa “tradición iniciada a partir de los fragmentos de Heráclito” (León). Para ir por partes: en *Los ídolos a nado* Soler se esfuerza en hacer de Monsiváis una suerte de icono pop, estafalario e inexplicable, amigo de Bono y otras celebridades, hechizado por la sociedad del espectáculo, y por ello privilegia, entre todos los libros del autor, uno más bien menor, *Escenas de pudor y liviandad* (1988), y elige, entre un total de dieciséis textos, ocho relacionados de un modo u otro con el mundillo de la farándula. Al final, claro, Monsiváis se insubordina y se muestra menos fascinado con el espectáculo que con el espectáculo mexicano, más crítico con el fenómeno de la celebridad de lo que Soler querría y mucho menos estafalario e inexplicable de lo que se le pinta, inscrito como está en las disputas culturales del México que le tocó. Ahora: en *Autoayúdame que Dios te autoayudará* León lleva bastante más lejos ese proceso de deshistorización y postula una suerte de Monsiváis eterno, libre de toda coyuntura y en tratos con una inamovible Condición Humana. Primero, separa las obras de su lugar de enunciación, con lo que estas dejan de ser intervenciones específicas en un medio preciso y se vuelven textos que operan en el

“mundo de las ideas”. Luego, extirpa algunas frases de esos textos y las expone a solas, como sentencias venidas de quién sabe dónde, no sin antes asegurar su “totalidad independiente y parentética”. Después, desprende a Monsiváis de su campo cultural y lo reubica al interior de una genealogía, casi mística, que va de Heráclito a Juvenal a Montaigne a Gracián a Nietzsche. Finalmente, le asigna ciertas labores esotéricas –alumbrar el “eterno retorno de aspectos”, “nombrar la eterna fragmentación del dios”– que Monsiváis, otra vez insubordinado, cumple, desde luego, de muy mala manera: “Gracias al narcotráfico la nota roja se masifica.”

Ninguno de estos dos antólogos, ni León ni Soler, le hacen un favor a Monsiváis desatándolo de su circunstancia. Más bien al contrario: los textos de Monsiváis quedan así a la deriva, flotando por encima de las disputas ideológicas en que irrumpieron, incapaces de penetrar el mundo que refieren, y entonces no resta más que atenderlos y leerlos muy de cerca. Y ya se sabe lo que pasa cuando uno lee con malvado detalle los textos de Monsiváis: pasa que la experiencia no es siempre feliz y que uno se topa con hallazgos y tropezos, chispazos y rebaba, repeticiones, lugares comunes, bromas innecesariamente extendidas, ideas perezosamente expuestas y, de repente, sí, esas frases tortuosas, a veces de plano incomprensibles, que sus adversarios tanto le echaban en cara. Uno descubre también, leyéndolo como un aforista, que el hombre podía decir tanto esto como aquello y que gustaba buenas y malas bromas. Uno corrobora además, leyéndolo como un autor globalizado, que sus ensayos de crítica cultural, carentes siempre de rigor teórico, palidecen ante sus crónicas, algunas de veras formidables, y que estas brillan, justamente, cuando se hunden en la minucia local.

Por supuesto que cualquiera puede leer a Monsiváis como le venga en gana y presentarlo a su manera. Este

puede decir: miren qué *bip* y exportable. Aquel otro puede asegurar: no era, en el fondo, sino un presocrático. Lo que yo digo es, sencillamente, que tanto el Monsiváis de Soler como el de León me parecen poca cosa, débiles y sin filo, ni siquiera la mitad de ese hombre que saturaba los medios mexicanos. Si me preguntan, a mí el Monsiváis que me importa es justo ese que Soler y León desdeñan: el Monsiváis situado, producto y productor de una cultura, en tensión permanente con su entorno. El que elige la crónica cuando tantos otros se intoxican con el ensayo de corte nacionalista. El que celebra la heterogeneidad cuando tantos otros rinden culto a la identidad. El que fuerza a la literatura mexicana a atender manifestaciones culturales que no atendía. El que rebasa la literatura y explora otros ámbitos para tener más impacto. El que interviene aquí y ahora. El hombre en su campo de batalla. Monsiváis en acción. —



NOVELA

Robar sin remordimientos



Rodrigo Rey Rosa
SEVERINA
México, Alfaguara,
2011, 112 pp.

✎ MIGUEL HUEZO MIXCO

Un grupo de personajes adinerados y cultos intenta escapar de la atroz realidad que los circunda. El ombligo de su universo es una pequeña librería ubicada en el sótano de un centro comercial. Tiene un bar y una salita para lecturas de poesía. Se llama La Entretenida, como un olvidado entremés de Cervantes. Tres

días de la semana la tienda está a cargo de un librero, una suerte de suicida comercial con veleidades literarias –cuyo nombre nunca sabremos– que alienta tertulias y arriesga su dinero importando pequeñas y bien cuidadas joyas bibliográficas. Los tiempos no están para esas audacias, pero La Entretenida goza de alguna clientela. Además, como él mismo dice, no tiene nada mejor que hacer.

Una tarde, después de un aguaje, aparece en la librería una clienta desconocida. Viste botas altas y una blusa blanca de algodón. Es atractiva y enigmática. El librero no tarda en darse cuenta de que es una ladrona. Luego sabremos que también es una verdadera maestra en las artes del engaño. Las primeras veces, aunque la sorprende embolsándose libros, la deja ir. Se limita a anotar escrupulosamente en un cuaderno de cuentas los títulos de los ejemplares sustraídos.

La ladrona de libros provoca en el solitario librero una repentina pasión. Un día la sorprende en flagrancia y la enfrenta. Ella intenta escapar. El hombre oprime un botón y las rejas de seguridad impiden que huya. “Era hermosísima, y así, acorralada, me pareció irresistible.” El encuentro tiene toda la intensidad de una conquista. Le pide que devuelva los libros que ha tomado. Ella los coloca con descaro en los anaqueles. El librero le advierte que tiene una lista de todo lo que le ha robado. “Será una deuda personal entre nosotros”, le dice. Abre la reja. Antes de que ella desaparezca corriendo por las escaleras le alcanza a preguntar su nombre. “¡Llámame Ana!”, le responde con un grito.

Este es el comienzo de *Severina*, el libro más reciente del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa. Es una breve narración que trata sobre dos grandes pasiones: el amor y los libros. Escruta también en el conocido conflicto que se produce entre el engaño y el perdón que se anuncia desde el epígrafe, en este verso de William Carlos Williams: “¿Qué poder tiene el amor, sino el perdón?”

Rey Rosa es autor de más de una docena de narraciones y cuentos. En esta obra se aleja más de una consolidada tendencia latinoamericana hacia un nuevo tipo de realismo crudo, que tiene como temáticas favoritas el narcotráfico y la violencia. *Severina* es una rarísima joya que vuelve merecidas las adulaciones que se han dicho sobre el estilo elegante y eficaz de Rey Rosa. A riesgo de caer en un tópico diré que este libro lo consagra como un maestro en las formas breves.

La obra en conjunto flota en una atmósfera enrarecida. Parece hecha con el material de un sueño. La literatura, ha dicho Borges, no es otra cosa que un sueño dirigido. La narración nos lanza a través de una serie de acontecimientos misteriosos, como la identidad de la ladrona de libros, su origen y su relación con Ahmed al-Fahsi, un librero de origen magrebí. Otro: la naturaleza del hombre con quien ella vive, Otto Blanco, un anciano que alternativamente es su abuelo, su padre, su amante, pero que

en realidad parece una víctima más de los encantos de aquella mujer. También pende el enigma sobre el destino de los libros robados que la pareja lee y arrastra en maletas de país en país.

Los libros constituyen el núcleo en torno al que giran la historia y los personajes. Libros, sí, por todas partes. Libros del ermitaño Kenko y de Laoust, el orientalista, y novelas del irreverente Barón Corvo y del humorista Jardiel Poncela. Las vidas de Ana Severina y Otto Blanco, y también la del librero enamorado, están uncidas a esos “bichos que vibran y murmuran”, los libros, cacharros vanidosos siempre tras nuevas presas.

El esperable encuentro sexual del librero y Ana Severina se produce, desde luego, entre torres de libros. La cosa se pone caliente cuando el librero le impone un riguroso cacheo en busca de algún volumen robado. Ella se entrega al manoseo.

Otto Blanco, el increíble abuelo, no solo es un lector sin remedio sino que vive de los libros: “No hablo en sentido figurado, subsistimos sólo gracias a los libros”, confiesa. El triángulo formado por Ana Severina/librero/Otto Blanco es una suerte de fraternidad en donde se mezclan la bibliofilia, el sexo y el engaño. A esta figura debemos añadir la del magrebí Ahmed, que también ha sido estafado y erotizado por la ladrona de libros.

Los libros sirven también como armas de agravio: cuando Ahmed le obsequia a su rival un poemario de Jorge Riechmann, más que un gesto amistoso parece una burla. (De paso, el narrador emite un franco juicio sobre la calidad de la poesía española de nuestros días.)

Severina transcurre en una ambientación marcada por suspenso, pasiones desbocadas y alusiones a mundos exóticos. Es un mundo aparte. Solo las referencias que hace Rey Rosa nos recuerdan que las cosas están ocurriendo en algún sombrío paraje de Mataquescuintla, en la ciudad colonial Antigua, o en la exclusiva zona

comercial de la avenida Reforma, en la capital de Guatemala. Ana Severina es una heroína apresada por la fatalidad y los remordimientos. El librero, a su vez, es un enamorado dispuesto a salvarla, a costa de todo, inclusive de la locura y el crimen. Bien pudo haber dicho, con Cioran: “Los días no adquieren sabor hasta que uno escapa a la obligación de tener un destino.” —

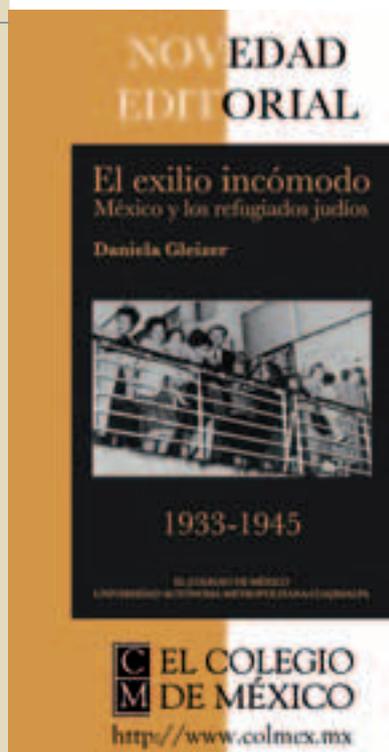
POESÍA Vacío



¿?
POESÍA ANTE LA
INCERTIDUMBRE.
ANTOLOGÍA (NUEVOS
POETAS EN ESPAÑOL)
Madrid, Visor, 2011,
158 pp.

EDUARDO MOGA

La sola visión de *Poesía ante la incertidumbre* nos depara diversos asombros: el primero, que sea una antología sin antólogo, constituida por la reunión anónima de varios autores españoles e hispanoamericanos; y el segundo, que reúna a ocho *nuevos poetas en español*, como reza el subtítulo, de los que uno ha fallecido ya, dos rozan los cuarenta años —y cuentan, entre ambos, con más de una docena de títulos publicados— y todos los demás, excepto uno, se encuentran en la treintena, con asimismo dilatados currículos. Pero la incoherencia de considerar *nuevos* a venerables *paterfamilias*, que han publicado más que Mario Ángel Marrodán, es solo una más de las muchas incoherencias del libro, y no la peor. Porque el asombro inicial se convierte en estupor al leer el prólogo, “Defensa de la poesía”, que, carente de firma, suma un nuevo anonimato al volumen: si



Poesía ante la incertidumbre es una antología sin antólogo, este es un prólogo sin prologuista. Y también un manifiesto embozado, en el que los nuevos poetas se revelan viejos: abogan por los mismos principios que formularon hace treinta años –y que han defendido desde entonces con imprescriptible ardor– los llamados poetas de la experiencia en España, y lo hacen incluso con las mismas palabras. Uno no sabe qué resulta más deplorable: si la repetición pàr- vula de lo ya sabido o la inanidad conceptual de la proclama. Después de tres décadas de estragante figurativismo, y cuando uno ya lo creía extinguido, felizmente, aparece esta juvenilia psitácida que nos recuerda que las cosas siempre pueden empeorar.

Los autores de *Poesía ante la incertidumbre* se plantan ante la incertidumbre –como si fuera mala: muchos, como Emily Dickinson, solo encuentran apoyo en lo inestable– y enuncian su dictado: hay que despejarla con una poesía comprensible, alejada de artificios y oscuridades, que emocione; con una poesía de la calle, en tejanos, o, como diría Mariano Rajoy, propia de las personas normales. Los poetas realistas, como los recogidos en esta antología, se aferran a la inteligibilidad como un náufrago a su pecio: les salva la vida, pero no se puede decir que naveguen. Nunca han entendido que *entender*, en poesía, es un entender distinto del que desplegamos cuando consultamos el catálogo de Ikea, ojeamos una reseña de García Martín o realizamos cualquier otra actividad intelectual intrascendente: la comprensión meramente funcional –“informativa”, la llama Gamoneda– no se aplica, o no se aplica por entero, a un lenguaje cuyo propósito es estético, y que, por lo tanto, apela a los estratos sensoriales, lúdicos o irracionales de la comunicación. Y, así, si uno experimenta ese placer estético con un poema de Paz o de Perse, de Valente o de Aleixandre,

aunque no lo comprenda lógicamente, es que lo ha entendido. Para defender el imperio de la claridad, los poetas ante la incertidumbre recurren a las denuncias y los tópicos habituales, como el del charco enturbiado para que parezca profundo –una memorable aportación de Juan Manuel Roca, que no ha considerado indigno sumar su nombre, con el texto de la contracubierta, a este proyecto–, sin reparar en que también existen los charcos transparentes, pero superficiales. Este es uno de los vicios recurrentes en el análisis de los poetas realistas: atribuir a los conceptos un sentido único, excluyendo todos los demás. Por eso entender es acceder racionalmente, y no comprender mediante los sentidos, la intuición o el sueño, esto es, cuanto constituye el envés psíquico del ser humano, pero tan común, tan *real*, como sus edificaciones lógicas; o por eso emocionar es suscitar el desperezo sentimental de la gente corriente, en lugar de promover cualquier otra suerte de goce subjetivo, ya sea afectivo o intelectual (¿Mallarmé emociona?, ¿lo hace Pound?). Pero los poetas ante la incertidumbre, siguiendo el ejemplo de sus mayores, no se limitan a reducir los significados, sino que también reducen a los interlocutores. Así, quienes experimentan con el lenguaje son unos histéricos, y los que buscan la novedad, unos ingenuos; y quienes escriben poemas que les resultan ininteligibles, o son unos ineptos o unos pedantes, o carecen de ideas o, peor aún, de “latido”, es decir, de humanidad. A todo discrepante, a todo aquel que conciba la poesía de otro modo, se le niega la condición de ser equilibrado y vivo, se le *deshumaniza*, y, por consiguiente, se le expulsa del debate y del mundo.

Junto a estos alegatos pueriles y estas elucubraciones perversas, los poetas de la antología incurren en no pocas incongruencias estéticas. Se declaran admiradores de Ángel González, Luis García Montero o

Mario Benedetti, entre otros, para, a continuación, sostener que “siguieron (...) la tradición literaria” de Alberti, Vallejo, Neruda, García Lorca, Cernuda y “el primer Octavio Paz”; y uno se pregunta, consternado, dónde estará la herencia de Vallejo en los cancioneros de Benedetti, la del *Canto general* en los gorjeos particulares de García Montero, o la de *Un río, un amor* en las humoradas de González. También afirman creer que “una de las misiones de la poesía es enfrentarse al poder”, un propósito loable, aunque no entendamos cómo puede alardear de rebelde quien ha ganado tres veces el premio nacional de poesía de su país, como el salvadoreño Julio Galán, quien ha obtenido varias becas de las instituciones culturales del Estado, como el mexicano Alí Calderón, quienes dirigen el Festival Internacional de Poesía de Granada, como los españoles David Rodríguez Moya y Fernando Valverde, o quien ha formado parte del comité organizador del Festival Internacional de Poesía de Medellín, como la colombiana Andrea Cote; y aunque creamos que la verdadera forma de oponerse a la manipulación colectiva no es acomodarse a los valores de la mayoría, ni adherirse a los discursos segregados por las instituciones o los conglomerados de poder, sino impugnar el principal mecanismo de representación del mundo y de construcción de la realidad: el lenguaje.

Pese a estas disparidades, es preciso reconocer que los poetas de *Poesía ante la incertidumbre* comparten algunos rasgos, bien extraliterarios, como que cinco de los ocho antologados hayan publicado en la editorial Visor, bien lingüísticos, como su gusto por la tautología y la repetición: “el mundo será el mundo y la noche la noche”, dice –y repite– Galán; o bien “la palabra ‘encontrar’ dice lo que dice”, puntualiza, inobjetablemente, la argentina Ana Wajszczuk,

ganadora del premio Ciudad de Badajoz. Muchos de ellos combaten la incertidumbre creyendo en Dios, una actitud quizá revolucionaria en tiempos del profeta Malaquías, pero escasamente subversiva en esta época en la que los legionarios de Cristo son pastoreados por un pedófilo o un antiguo inquisidor general se sienta en la silla de Pedro. Galán, por ejemplo, escucha las palabras del Señor y siente su beso arder en la frente; Cote nos recuerda que “Dios está en todas partes”; y Calderón se atreve a criticarlo: “da la llaga / oculta niega tarda”. Otra de las características comunes a muchos de los autores *anteincertidúmbricos*, tan rompedora como la fe cristiana, es su amor por la familia. Casi todos recuerdan con melancólica ternura a sus padres, y, en particular, sus jolgorios adolescentes, que en ocasiones admiten la calificación de memeces estivales, normalmente acaecidas en una playa. En esto descuellan los representantes españoles, fieles al canon pasatista de la poesía de la experiencia. En concreto, varios autores –Wajszczuk, Rodríguez Moya, Valverde– revelan su pasión por los abuelos, a la que algunos suman la que sienten por los pelícanos. Así, Valverde se pregunta: “¿recuerdas cómo mueren los pelícanos?”, y descubre que “los niños de Managua sueñan con ser pelícanos”; Calderón, no menos ornitológico, observa que “las alas del pelícano sajan la claridad del lago”.

Hay también en estos poetas ante la incertidumbre mucha ñoñería impúber, mucho romanticismo de garrañón: la española Raquel Lanseros se muestra especialmente apta para el verso glucoso (“Juana hace llorar y también llora / lágrimas plateadas que sueñan con delfines...”), aunque Wajszczuk no le vaya a la zaga (“los pececitos me lamen los pies”, “tejiendo flores en mi pelo de almendras”) y Rodríguez Moya nos regale perlas como “los días se suceden como alondras”. Calderón,

en fin, si no es paródico en “[Pobre Valerio Catulo]”, es patético: “fue siempre Lesbica, / exquisito poeta, caro amigo, / un reducto inexpugnable. / A qué recordar su mano floreciente de jazmines / o aquellos leves gorjeos / sonando tibios en tu oído?...”. La falacia sentimental y la cursilería se asocian a veces al tópico (Calderón describe a un “jaguar / que sigiloso / acecha”) o a la imperita recreación de otros textos, como hace Rodríguez Moya en “La bestia (*the American way of death*)” con el célebre “Mujer con alcuza”, de Dámaso Alonso. Este poema nos permite señalar otra curiosa coincidencia entre estos vates, que es también una nueva contradicción entre su teoría y su práctica. Hasta cuatro de ellos –Galán, Lanseros, Rodríguez Moya y Calderón– incluyen títulos o subtítulos de sus poemas en inglés (y Wajszczuk, uno en polaco), y confieso mi incapacidad para entender cómo se aviene esta pasión por la poliglosia con la voluntad de ser comprendidos, a menos que crean que todos sus lectores conocen la lengua de Shakespeare (o la de Szymborska). De hecho, se trata de un rasgo novísimo, como también lo son las intertextualidades y el culturalismo de que hacen gala Lanseros, que menciona en sus poemas a Ícaro, Nefertari, Maiakowski y Prévert, entre otros, y Calderón, que se emborracha de Clodias y Catulos, que cita a Ausiàs March en catalán, o que pergeña borgianos ejercicios en “Alguien que no soy yo...”. Curiosamente, en su manifiesto prologal defienden no ser novísimos y reprueban los “juegos de estilo”, las “oscuras construcciones lingüísticas” y el “artificio estéril y soso”, reprobando así, de paso, a Góngora, a Lezama Lima, a Faulkner y a media comunidad literaria universal. Uno se pregunta, entonces, si estos denuestos no deberían recaer, en primer lugar, en el compañero Alí Calderón, que firma numerosos ejemplos de artificio innecesario y

hueco barroquismo, o incluso de aventuras vanguardistas, que rozan lo hermético, como “Cuando cieno bruma y nada uno son...”.

Hay otros rasgos específica y penosamente experienciales en esta poesía ante la incertidumbre: los recuerdos que despiertan las fotos antiguas, en los que se solaza Rodríguez Moya; las no menos nostálgicas cogitaciones suscitadas por un cigarrillo que se consume, como acredita el nicaragüense Francisco Ruiz Udiel; el frenesí cosmopolita de los viajes, de cuyas fatigas se recobra el poeta en hoteles de cuatro estrellas, como relata Valverde; y el gusto por los *jeans* –coherente con la defensa de la “poesía en tejanos” preconizada por los experienciales– con los que Calderón viste, en dos poemas, a Lesbica. Por último, la incertidumbre ante la que se sitúan estos poetas es también una incertidumbre sintáctica, como se advierte en los anacolutos de Wajszczuk (“tengo [...] / una guía turística / de lugares que no sé pronunciar el nombre”) o los arcanos constructivos de Cote (“Pues el silencio, / que no el bullicio de los días, / atraviesa. / El silencio, / que es que son treinta y dos los ataúdes / vacíos y blancos”).

Poesía ante la incertidumbre no es, en realidad, una propuesta literaria, sino una operación editorial. No hay nada en sus páginas que no hayamos escuchado y leído, hasta el hartazgo, en el último cuarto de siglo. Y, precisamente cuando ese discurso amojamado y retrógrado había decaído, para dar paso a un panorama poético más ecléctico e inquisitivo, uno de los principales sellos que promoviera la autocracia figurativa impulsa, con gran aparato publicitario, este ramillete de autores imperitos, calco sin sustancia de lo ya habido, entre los que predominan los hispanoamericanos. Quizás aspire con ello a propagar nuestro áptero realismo en unos países que se habían mantenido saludablemente alejados de él. Ojalá sigan estándolo. –

HISTORIA

Entre el cielo y el suelo



Brian Connaughton
ENTRE LA VOZ DE DIOS Y EL LLAMADO DE LA PATRIA. RELIGIÓN, IDENTIDAD Y CIUDADANÍA EN MÉXICO, SIGLO XIX. México, UAM/FCE, 2010, 460 pp.

GABRIEL TORRES PUGA

Historiador acucioso del México del siglo XIX, Brian Connaughton nos ofrece el fruto de veinte años de investigación. Este libro corrobora la importancia de sus pesquisas y aportaciones interpretativas, al tiempo que satisface la necesidad de sus lectores, que deseábamos ver reunidos muchos artículos suyos, hasta ahora desperdigados en revistas y libros colectivos. No es la primera vez que el autor recopila trabajos propios y, como en un libro anterior, los aquí reunidos han sido revisados y organizados coherentemente. Así, la introducción y los primeros capítulos —centrados en problemas historiográficos y metodológicos— permiten entender las aportaciones concretas del libro y reconocer los caminos abiertos por historiadores como David Brading, Nancy Farris, Carlos Herrejón, Ana Carolina Ibarra, Carlos Marichal, Annick Lempérière, Josefina Z. Vázquez y William Taylor, entre muchos otros. Por su parte, la coda ofrece una reflexión conclusiva sobre la transformación de la identidad nacional: un elemento que puede dar sentido a los procesos y fenómenos políticos y culturales explorados a lo largo de más de quinientas páginas.

Mediante ejemplos concretos y preguntas que apuntan a problemas de larga duración, el autor discute el papel del catolicismo en la historia política del México independiente. Al hacerlo se aleja de la perspectiva tradicional del conflicto entre Iglesia

y Estado. Inevitablemente, un capítulo aborda la ruptura de la década de 1860; pero la mayoría se ocupa de las cuatro décadas anteriores, cuando la alianza con la Iglesia era considerada indispensable por un Estado católico. Connaughton estudia las aristas de esa compleja relación, que se tornó más problemática después del rechazo del papa a la independencia de México en 1824. El ejercicio virtual del patronato —por parte del gobierno federal o de los estados— desató muchos conflictos en la década de 1830; pero en algunos casos la relación mejoró, como ocurrió en Oaxaca durante el gobierno de Juárez en la década de 1840. No obstante, la guerra contra Estados Unidos (1846-1848), la crisis económica y las presiones internas y externas sobre los bienes eclesiásticos radicalizaron las posiciones políticas a nivel nacional.

Con un tono crítico y propositivo, el libro aborda los misterios de la paulatina secularización de la sociedad mexicana. Si esto tuvo que ver con la debilidad del alto clero y con el desprestigio de los sacerdotes, resulta necesario discutir hasta qué punto se trató de una novedad o de un fenómeno previo a la independencia. Para ello, el autor se nutre de diversas investigaciones sobre el sacerdocio en las últimas décadas del dominio español, sobre las relaciones entre la Corona y el estado eclesiástico y sobre la división profunda del clero durante los conflictivos años de 1808 a 1821. El problema de las rupturas y continuidades en la historia de la Iglesia novohispana/mexicana está presente en varios capítulos; y en este sentido es particularmente significativa su investigación sobre el ministerio de asuntos eclesiásticos, cuya documentación permite observar la relación cotidiana del gobierno con los obispos, los conflictos al interior del clero, los procesos seguidos por provisos eclesiásticos y la negociación de casos delicados, como el proceso militar del padre Arenas, acusado de traición a la patria. En cuanto a la debilidad coercitiva de la Iglesia, me pregunto si no habría sido conveniente

dar mayor realce a las consecuencias de la desaparición de la Inquisición, un aspecto solo mencionado de manera tangencial.

Al estudiar la complejidad de la cultura política eclesiástica, el autor recuerda que la crítica al autoritarismo del alto clero y los argumentos a favor de un catolicismo más libre se gestaron en los debates de las Cortes reunidas en Cádiz (1810-1814). Subraya la tradición gaditana del liberalismo mexicano y enfatiza su impronta eclesiástica. Numerosos hombres de Iglesia debatieron en aquella asamblea una reforma simultánea del trono y del altar, y muchos de ellos continuaron debatiendo en los congresos del México independiente. De ahí que algunos eclesiásticos mexicanos fueran federalistas y liberales, como Ramos Arizpe o Servando de Mier, quien en 1825 cuestionaba abiertamente la autoridad del papa, que había rechazado la independencia. En otros capítulos, Connaughton sostiene que la cultura política de la primera mitad del XIX debió mucho al juego, bastante azaroso de “tres dados”: los pronunciamientos militares, la ley y la opinión pública. A este último aspecto concede bastante atención. Estudia distintos debates políticos sostenidos en la folletería de la época (en la época de la folletería) y analiza la presencia cambiante de elementos religiosos en la retórica política. En particular, estudia la metáfora del *corpus* místico (la idea de unidad social, representada en el cuerpo místico de Jesucristo), presente en los discursos cívicos, y la manera en que se fueron transformando hasta proponer los valores singulares de una ética ciudadana. El autor señala el uso recurrente de metáforas familiares (la idea de una madre patria y la noción de hermandad); y llama la atención sobre el fracaso del discurso oficial de Santa Anna, quien en su último mandato trató de integrar a la retórica de unidad el elemento providencialista del héroe salvador. En contraposición a esta novedad, el discurso liberal se fortaleció, desde la oposición, en la cultura política.

Entre la voz de Dios y el llamado de la patria puede resultar difícil para el lector común, pues requiere un conocimiento previo y no tan superficial de la historia política de México. No obstante, la prosa es clara y la argumentación muy sólida. Los interesados en la historia de la política, de la religión, de la Iglesia, del discurso y de la cultura política —en el sentido más amplio que se quiera dar a este concepto— tienen a su alcance un libro indispensable para entender los primeros cincuenta años del México independiente. —



MÚSICA

Escuchar el llamado de la selva



Carlos Mapes
SOMBRA DEL ROCK.
1962-1969
México, Trilce
Ediciones-UANL, 2011,
110 pp.

BRUNO H. PICHE

Si la cariñosa dedicatoria de *Sombra del rock* se verifica en la realidad, me refiero al hecho de que su autor heredó de su hermano una muy respetable colección de vinilos, entonces yo mismo tendría que hacer lo contrario con mi hermano mayor, reclamarle desechar en mi temprana adolescencia un altar de porquerías que, supongo, yace desde hace décadas en el basurero de la historia y de la histeria: mucho sonido Discothèque, The Kiss, Cheap Trick, Scorpions, Black Sabbath y toda esa basura de rock progresivo que circulaba entre sus amigos como preciadísimos objetos de culto. Pido doble perdón por las siguientes notas personales: lo peor de todo es que, a la fecha, mi hermano ni siquiera recuerda haber escuchado tanta basura. Lo envidio, en parte eso hace de él una persona medianamente feliz. En cambio, por la parte de mis padres, recuerdo la tem-

prana curiosidad por una modesta pero concisa colección —apretujada en uno de esos horribles muebles setenteros de madera rústica, muy de la época— de discos de Simon and Garfunkel, Bob Dylan, Janis Joplin, The Beatles, Nina Simone, Joni Mitchell, Crosby, Stills and Nash, Leonard Cohen, The Who, el *soundtrack* de *Born to Be Wild* y otros álbumes más que terminaron, a la larga, por apartarme de mis contemporáneos, lo cual es otra forma de decir que dentro de mí se instaló otro yo que pocas veces logró disfrutar el goce de abrirse y compartir lo esencial con los suyos —partiendo del supuesto que la música, como la literatura, son dos maletas dentro de las cuales paseamos por el mundo nuestras emociones y nuestra particular manera o maneras de ver el mundo. A la fecha sigo sin saber la impronta que dejó ese horrible pero esplendoroso mueble rústico en la vida, por ejemplo, de mi padre, él, tan sordo a la vida emocional como Beethoven a las notas de un piano orquestal.

Pero este es un libro en el que la música, en especial el rock de los sesenta, hizo su trabajo en el corazón y el alma de su autor, Carlos Mapes. Lo primero que hay que decir es que se trata de un volumen de literatura trans-género: en él encontramos lo mismo reminiscencias autobiográficas; historias y destinos de bandas que ocuparon las mentes y los corazones de miles de chavales durante toda una década; apuntes aforísticos en los que suenan los vibrantes acordes de Jimi Hendrix, pero también las notas más preclaras de la mente y la sensibilidad de quien, Mapes en este caso, las absorbe; luego esta cosa envidiable de abolir el pasado y el futuro para hablar de un sempiterno *hoy* gracias al simple acto de sentarse a escuchar un disco grabado en 1965; los auténticos aunque nada pretenciosos pasajes de crítica musical; las preguntas esenciales —y esta es una de las partes más entrañables del libro— que se hace el autor en determinados momentos, de esas que marcan una vida, pero afortunada o desafortunadamente planteadas una vez que

el tiempo de las respuestas ha pasado, cuando ya es demasiado tarde —como cuando, por ejemplo, en una fracción de segundo que puede durar una vida entera, te quedaste trabado ante una chica que no hubiera desatendido un bien llevado cortejo.

El libro de Mapes es, en apariencia, una ordenada composición de fragmentos. En realidad está lleno de inteligentes trucos, como todo buen libro fragmentario. Encontramos en *Sombra del rock* las emociones más disímbolas y contradictorias, expresadas en frases que llevan el peso de un tren de carga. “Roy Orbison está hablando desde su claroscuro, de canciones tristes y fúnebres. Un tipo demolido por la vida. (¿Por qué no fuimos personas más alegres?)” Ello junto a esto, igualmente auténtico, pues quién no puede sentir más que una extraña forma de dicha al leer lo siguiente:

Crosby, Stills and Nash. Hermosas armonías vocales y ritmo lento. Sonido muy fino, misterioso, exuberante, melancólico, canciones dulces y a la vez densas, turbias, plenas de quietud, clásicas, de espíritu sobresaltado, como cuando en la pintura las imágenes parecen salirse del lienzo.

Aquí, creo que ya lo dije, desfila toda una década: Cream y Traffic, Grateful Dead, Everly Brothers, los Yardbirds, por ahí se asoman también, cómo no, Frank Zappa y Procol Harum y un largo aunque suficiente etcétera.

En particular, las aproximaciones al *folk-rock* me parecen las más sugerentes. En mi propio caso, con el bagaje familiar al que ya hice referencia, en la lectura de *Sombra del rock* el diálogo con Carlos Mapes a veces se volvió necesaria disensión. En su texto “Tres cantantes inglesas”, el autor, que no carece precisamente de erudición, enumera a Sandie Shaw, a Marianne Faithfull y a Dusty Springfield como las damas de la década. La ausencia de Vashti Bunyan, sin cuyas canciones, “Train song”, “I’d like to walk around your

mind” o “Whiswanderer”, todas ellas compuestas a mediados de los sesenta, equivale a carecer de una educación sentimental. Obvio es que en la lectura del libro sigo la parte más cercana a mi propio género canónico, el *folk-rock*. Y Mapes es un experto en ponerle trampas al lector: se anima y no, a hablar de Bob Dylan para terminar aceptando la gran revolución que provocó el gigante de la década al “electrificar el folk” y abrir, efectivamente, nuevos caminos para decenas de grupos que a la fecha mantienen también, aunque más modesto, un lugar en toda esta historia. Al leer que “en ‘The sounds of silence’ [canción detestable si las hay] se compenetran a la perfección el sonido de la guitarra acústica con los arreglos instrumentales”, juro que estuve a punto de arrojar el libro por la ventana. Pero a la página siguiente, Mapes, *the Magician*, hizo su gran acto circense y homenaje a la vez:

“The boxer” es la obra maestra de Simon y Grafunkel: la desoladora Nueva York, con todo y sus rascacielos—donde los inmigrantes, condenados al olvido, llegan en busca de una vida mejor—, vista desde los ojos de un joven aspirante a obrero que, al no encontrar trabajo, decide regresar al pueblo. Antes de irse, vislumbra a un boxeador de oficio [...] ¿Qué es mejor, retirarse a tiempo, o insistir hasta la derrota o la victoria? ¿Levantarse para volver a caer?

Esto, *ladies and gents*, no es sino la proyección vital de la que es capaz el autor de *Sombra del rock* a partir de la música. Casi lo mismo me ocurrió cuando después de haber leído dos terceras partes del libro, el otro gigante, el poeta Leonard Cohen, no hacía acto de aparición. Aunque se trata de un volumen ligero, la página noventa salvó al barrendero de la cuadra de un buen picotazo en la cabeza:

Leonard Cohen es un pájaro sobre una guitarra de alambre [...] En aquel entonces yo no entendía los profundos versos de Cohen llenos de pesimismo. Pero me parecía que su voz encajaba a la perfección con la música, y con eso me bastaba.

¿Cómo quieres entender esos versos, Mapes, si son eternos, si se renuevan con cada lectura como ocurre siempre al igual que con la mejor poesía?

Pero la respuesta no tiene importancia en tanto que los textos sin género de *Sombra del rock*, “compañeros de las canciones que a diario me persiguen”, siguen ahí, al igual que la literatura y el periódico en las mañanas, o la imagen de un bello rostro que a punto de desvanecerse en los pasillos de la memoria, resurge al escuchar esa canción que le pertenece y, como sombra del rock, lo hace emerger con toda su hermosura en nuestro recuerdo. —



Los libros que no encuentras los tenemos aquí

Arte • Historia • Literatura • Filosofía • Ciencias Sociales
Lengua • Ciencias • Tecnología • Música • Cine

Más de 90 librerías en todo el país, la cadena más grande de México

Síguenos en  @LibreríasEducal y en  /LibreríasEducal

Compra en línea y encuentra nuestro directorio de librerías en:
www.educal.com.mx